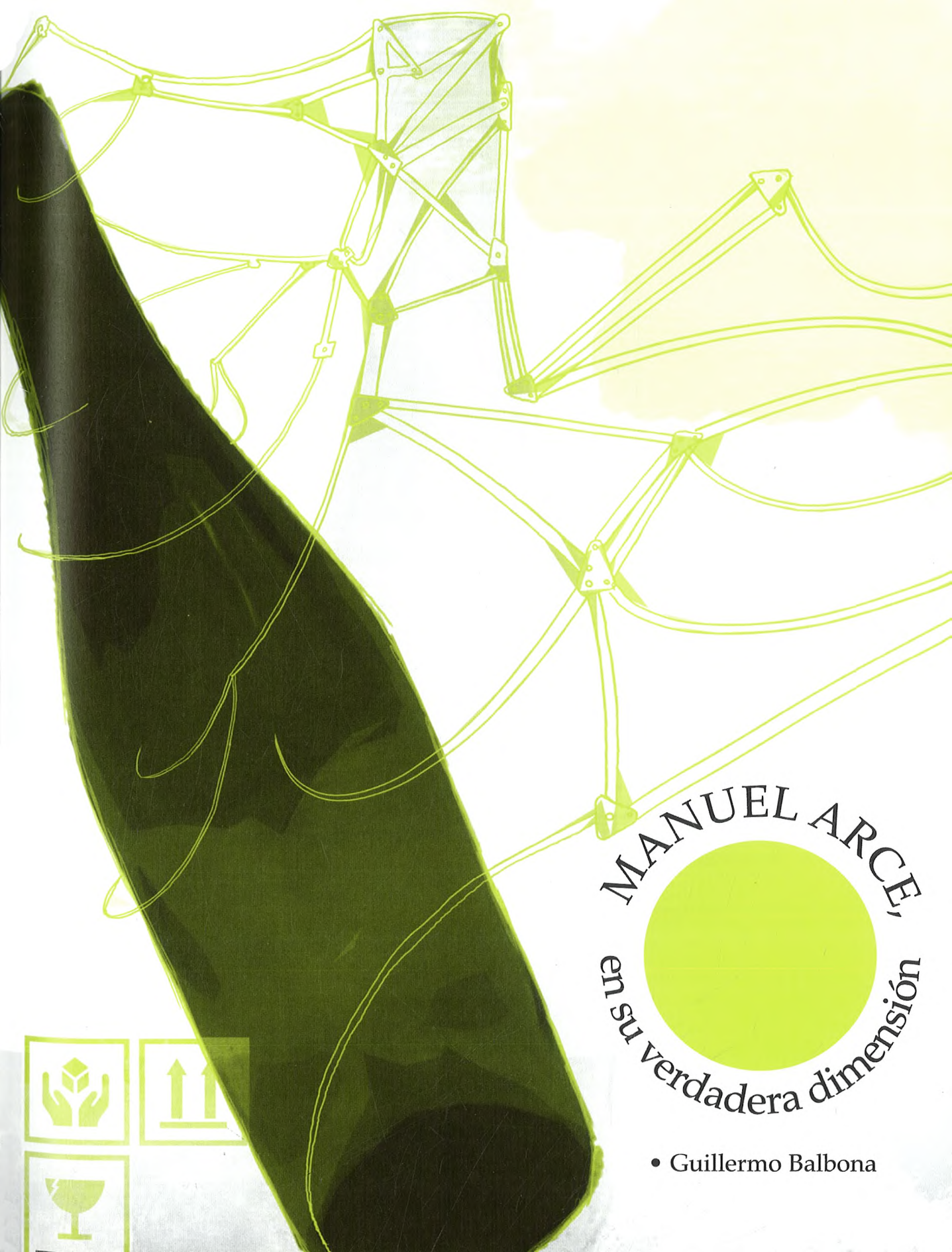


MANUEL ARCE, en su verdadera dimensión

• Guillermo Balbona

Manuel Arce en su casa de Santander, 2012
(foto de Andrés Fernández)

MANUEL ARCE, en su verdadera dimensión

La cultura española de la periferia está llena de daños colaterales. Personalidades nunca valoradas en su verdadera dimensión; nombres injustamente olvidados; creadores en la sombra o actores secundarios de un mapa cultural con historias sumergidas. Creador poliédrico y casi renacentista, Manuel Arce (San Roque del Acebal, 1928) ha sembrado su camino vital de señales de palabra y arte, de iniciativas e inquietudes, de ediciones y publicaciones, de títulos y colecciones. Más de seis décadas de una labor incesante, tejida por un caudal de referencias, protagonistas y territorios que el novelista, poeta, editor y galerista ha reflejado desde Santander recientemente en sus *Papeles de una vida recobrada* (Ediciones Valnera, Cantabria, 2010).

En este trayecto epistolar y documental, a modo de falsas memorias, asoma una miscelánea de memoria, de autobiografía y de viaje en el tiempo, un itinerario plural de poesía, de pintura, de arte. Entre la anécdota, el hito histórico, la crónica social o la vida política, la prosa de Arce y las cartas de su archivo personal, el coleccionista concienzudo de archivos y el cuidadoso guardián de una caudalosa correspondencia, fotografías y documentos culturales bien ordenados en carpetas, han quedado plasmados en una cartografía humana y cultural a través de 1.488 páginas, más de mil personas recogidas en su índice onomástico, 715 cartas cruzadas con protagonistas de la vida cultural del siglo XX y 234 fotografías en el apéndice iconográfico, entre otras reveladoras cifras.

En total 68 años de la vida de Arce y, por ende, de la vida cultural española. Pero en 2011, además de reconocimientos y distinciones, la aparición de su *Poesía completa*, editada también por Valnera, ha devuelto a la luz al autor más joven, el de las pasiones iniciáticas por la escritura, al autor de tres poemarios prácticamente inencontrables: *Llamada* (1949), *Sombra de un amor* (1952) y *Biografía de un desco-*

nocido (1954). Artífice de "La isla de los ratones" –uno de esos proyectos singulares de posguerra con la palabra como tabla de salvación, en la que publican poetas como Juan Ramón Jiménez o Vicente Aleixandre, hasta Otero, Celaya o Claudio Rodríguez– tras la figura de Arce asoman viajes, libros, correspondencia, entrevistas, amistades y toda una memoria creativa del siglo: Gerardo Diego y José Hierro, Vicente Aleixandre y Miguel Delibes, Cioran y Blas de Otero.

En esta última década, al autor de *Testamento en una montaña*, una de sus novelas emblemáticas que acaba de ser reeditada (Salto de Página), se le han ido muriendo poco a poco amigos y referentes, iconos y colegas, destinatarios de correspondencia y autores fijados en una fecha, en una fotografía, en una felicitación, en una cita... «Es una putada. Llegas a esa edad en que todo es una vía hacia la muerte. Y te das cuenta que uno no se muere para un rato, se muere para toda la vida».

En sus 'Papeles' plasma retazos fundamentales de una aventura cultural iniciada en 1942, en su adolescencia primera, y que cierra en 2.006. La creación, en muchas claves y lenguajes, y la gestión artística han alimentado su trayectoria incesante desde su primera novela, *Cuatro palmos de tierra* (1954), hasta la última *El latido de la memoria* (2006), Premio Alarcos.

Un trayecto con la memoria como arma y que ha tenido en el punto de mira la rebelión frente a un mundo prosaico y gris, el compromiso artístico y moral, y el combate desde la inquietud para superar el más duro inmovilismo empobrecedor en que estaba instalada la sociedad española.

Y, por supuesto, la galería Sur, inaugurada en 1952 con una exposición de Benjamín Palencia, reflejo de medio siglo

de vivencias y evolución de la pintura española, la pintura de calidad y el arte nuevo, de Tápies o Pancho Cossío, hasta Fernando Zóbel, María Blanchard... Una labor que se prolongó hasta 1994 y que se reflejó en la exposición documental que sobre ella realizó el Museo de Arte Contemporáneo, hoy Reina Sofía.

El Consejo Social de la Universidad de Cantabria, donde crea los premios de Poesía y Narración Breve (referente de la creación literaria más joven en Cantabria que desde este año llevarán su nombre), y el Ayuntamiento de Santander (como concejal) flanquearon otras de sus actividades desde la transición. En apenas un año este perseguidor de talento, cazador de la memoria necesaria, catálogo vivo de artistas y poetas, ha sido protagonista de una sucesiva plasmación de creaciones significativas. Sus ingentes 'Papeles', reflejo de una memoria sin fondo; la publicación de su poesía; la recepción de la Medalla de Plata de Santander y la muestra de una selección de su colección fotográfica, más de 6000 objetos y piezas de enorme valor documental e histórico: Desde la huella de la Escuela de Altamira (desarrollada en Santillana del Mar en 1950 y 1951) a los testimonios gráficos de los vínculos del mundo cultural de Cantabria con el resto de España y Europa: pintores como Eduardo Sanz o Enrique Gran; la XXXII Bienal de Venecia de 1962, sus viajes por París –visitas al filósofo Cioran– Poitiers, Cannes y otras ciudades europeas.

Cercano a los 85 años, no cesa en su construcción cultural: mantiene el latido de su archivo ingente; busca entre los titulares matinales deslumbramientos creativos y cada jornada ordena sus papeles para seguir recobrándose. Sin pausa ya trabaja en el que será su «último libro», *Conversaciones en Europa*, una selección de sus entrevistas publicadas en la revista 'Destino', pero también en 'La Estafeta Literaria' y 'El Ciervo', entre otras. Un itinerario en el que aparecerán testimonios como los de Moravia, Vasco Patriolini, Salvatore Quasimodo, Walther Boehlich, Marie Luise Kaschuitz y el propio Cioran.

- Empecemos por el final. A veces confiesa que al situarse en una tribuna cultural donde todos hablan de usted, no se reconoce. ¿Cómo se define Manuel Arce tras una trayectoria tan activa y prolífica, tan plural y diversa?

- Tal vez haya sido un tanto poliédrico. He vivido el mundo de la literatura y del arte con tanta intensidad que la dinámica de la creación literaria – y la del profesional, como galerista -, me han obligado a participar en actividades muy plurales y complejas. Mis inquietudes literarias y artísticas han pisado escenarios vitales muy diversos. Y cuando alguien, desde esa tribuna del elogio obligado, trata de glosar lo que ha sido la vida de un escritor octogenario cargado de actividad, es

más que posible que ese octogenario escritor acabe por no reconocerse en lo que sobre él se está diciendo. A mí me pasa.

- Memoria, autobiografía, viaje en el tiempo...En realidad sus 'papeles de una vida recobrada', ¿qué han pretendido ser y por qué ese formato?

- Con *Los papeles de una vida recobrada* he pretendido "vivirme" de nuevo: volver a encontrarme con Teresa. Saber de qué modo fue posible nuestro amor. Y explorar, una vez más, en la amistad de quienes me descubrieron el significado de la poesía: Aleixandre, Hierro, Julio Maruri, Gerardo Diego, Ricardo Gullón... Uno regresa a la memoria porque aún sin pretenderlo, es siempre autobiográfica y sabe instalarnos en el tiempo. Conmigo siempre ha sido generosa y este volumen lo testifica.

Recuerdo que en las navidades del 61 recibí, de Émil Michel Cioran, una postal discretamente enviada bajo sobre – ¡reproducía un sarcófago! – que decía: "El *sarcófago me parece un objeto de meditación para 1962. E. M. Cioran".* Era su modo de felicitar. E inmediatamente me atravesó la memoria uno de sus silogismos. Para mí, el más inquietante: *"Quien vive sin memoria no ha salido aún del paraíso".* Y me lo había enviado aun sabiendo que siempre he sido un esclavo gobernado por la memoria. Era una más de sus pequeñas "maldades". Pero gracias a la memoria, a lo largo de *Los Papeles de una vida recobrada,* he podido corroborar hasta qué punto he amado siempre la vida.

- Su libro es un paseo/panorámica al que se asoman una parte importante de los protagonistas de la cultura del siglo XX tanto de España como del extranjero. ¿Cuál fue el reto principal a la hora de tejer esa tela de araña? Ese mapa imaginario – esa cartografía emocional –que discurre bajo su escritura, ¿es su verdadero territorio como hombre?

- El reto tal vez ha consistido en saber elegir y exponer las circunstancias sociales y culturales que se han dado cita en la sensibilidad de ese muchacho que nos narra la muy difícil postguerra española. Quien nos cuenta las cosas que están sucediendo en torno a su profunda vocación poética. Un joven de 17 años que, en la España franquista, trata de poner en circulación, el sueño de un vocación nacida para la poesía. Un joven que ya tiene escritos sus primeros poemas y que a los 20 años se las arregla – contra penuria y censura – para crear la revista "La Isla de los Ratones". Una "Isla" apadrinada por Vicente Aleixandre, en la cual no solo se darán a conocer los jóvenes poetas españoles de los 50, sino en la que también colaborarán figuras como Juan Ramón Jiménez, Pedro Salinas, Gerardo Diego, Ricardo Gullón...

- ¿Qué periodo de su vida ha sido más fascinante?

- Sin duda los años comprendidos entre 1948 y 1986: 38 años de mi vida. "La Isla de los Ratones" mantuvo su publicación durante cinco años. Fueron muchos los tropiezos con la censura. Muchos y muy aburridos de contar a estas alturas. Pero en 1955 la Ley de Prensa e Imprenta se inventó un nuevo instrumento coactivo: toda publicación quedaba obligada a tener, aparte del director ejecutivo, un director "responsable" con carnet oficial de periodista. El asunto no me gustaba. Pese a ello consulté con un periodista amigo de "El Diario Montañés": Julián González Díaz. Estaba dispuesto a colaborar con su nombre. Pero, ¿debería Julián González Díaz responsabilizarse de lo que yo decidiera publicar?... Tenía que olvidarme de las alegrías de ciertas "maldades" – bastante frecuentes, por cierto – respecto a la censura. ¿Cómo comprometer a una persona amiga? A González Díaz era incapaz de responsabilizarle de los contenidos de "La Isla". Esta fue la razón de su muerte. Se habían publicado 26 números.

- Las cartas, género hoy en día tan olvidado, conduce la esencia de estas memorias. ¿Cómo ha sido el largo proceso de gestación? ¿Ha dado más importancia a la rigurosidad del dato y la fecha?

- Lo epistolar ha sido por supuesto, una materia clave – indispensable – en la estructura de *Los Papeles de una vida recobrada.* Y no por cuanto fuera más o menos importante la rigurosidad cronológica, sino por cuanto de veracidad socio-cultural – de ambiente – pudiera aportar el contenido de los documentos trascritos. No fue nada fácil.

- ¿Qué criterios ha seguido para que la crónica social y cultural, el caudal de correspondencia, no pierda su sentido unitario, su verdad poética y cronológica?

- Me he servido del conocimiento de mi propio vivir: de la memoria personal... Una vez trazada la línea narrativa de la obra, digamos su necesaria estructura – aquello que se quiere contar – los textos epistolares han de ser siempre aquellos que contribuyan con más eficacia – temporal o simplemente argumental – a la continuidad narrativa de los hechos. En mi caso, lo que más tiempo me ha ocupado ha sido la elección de los textos epistolarios a elegir. Sencillamente porque siempre había más de uno...Mi archivo personal lo integran unas 6.000 cartas.

- A su capacidad prodigiosa para la memoria ha sumado su labor concienzuda de coleccionista y archivero obsesivo. ¿Es una costumbre adquirida en el tiempo, o lo considera una práctica cultural y creativa innata?

- Debo confesarlo: es una práctica cultural y creativa innata. Desde los años cuarenta guardo toda la correspondencia recibida de medio mundo. No tengo por qué ocultarlo: soy un archivero obsesivo. Y estas cartas las conservo con su correspondiente sobre. Por una razón: he sido filatélico, desde los 8 a los 15 años. Me aficionó mi buen amigo Joaquín Bedia Cano. Bedia, además de filatélico, era esperantista. Le conocí al final de la guerra civil. El esperanto le servía a Joaquín – aparte de creer en la "ciudadanía universal", – para cartearse con otros esperantistas y hacerse de "valores" extranjeros. Yo era uno de los clientes filatélicos que las mañanas de los domingos le compraba alguna que otra pieza en la Plaza de Pombo. Hasta que conocí a Teresa. A partir de entonces comencé a vender mi colección para poder financiarme los gastos de los cuatro primeros años de noviazgo.

- *Al escribir* Los Papeles de una vida recobrada *¿tuvo la tentación de revisar nombres y etapas; de caer en algún ajuste de cuentas, o sembrar su itinerario vital de temores, temblores y tinieblas?*
- No he tenido necesidad de entregarme a esas cosas. Me he limitado a relatar hechos y situaciones – aquello que estaba ocurriendo en cada momento – y a decir lo que pensaba sobre estas situaciones y sobre estos hechos. Nunca he tenido por qué ajustar cuentas con nadie. Tampoco me han acosado los temores, ni entre las tinieblas he tenido que buscarme hipotéticos enemigos.

- *Ha citado a menudo su epitafio literario. ¿Teme a la muerte?*
- Mi epitafio es: *"Ahora estoy donde nunca quise estar antes de morir. Este ha sido el más grave error de mi vida"*. Sí: temo morir. Nada hay más allá de uno mismo.

- *Sin llegar al outsider o al franco tirador, usted siempre ha transmitido la sensación de situarse activo pero ajeno al sentimiento de grupo. ¿Se reconoce en la generación de los 50?*
- Pertenezco a la "generación del medio siglo" pero no he tenido ninguna necesidad de llevarlo como etiqueta de identificación. Tuve una relación personal muy estrecha con poetas de la generación del 50 como: Blas de Otero, Ángel González, José Mª Valverde, José Hierro, Caballero Bonald, Cirlot, Bousoño, José Agustín Goytisolo (traductor para la colección de "La Isla de los Ratones" de Sergio Esenin, Cesare Pavese, Mario Luzi y Salvatore Quasimodo); y con pintores como Cuixart, Tàpies, Ponc, Saura, Guinovart, Ràfols-Casamada, y Millares que expusieron en mi "Galería Sur".

- ¿Cree que de haber desarrollado buena parte de su labor como galerista y autor en Madrid, en lugar de una capital de provincia, hoy tendría un lugar más destacado en el ámbito cultural?

- Nunca lo he pensado. He trabajado muy a gusto en Santander. No puedo quejarme. He conseguido crear un coleccionismo de cierta altura. Costó al comienzo. Lo que me costaba comprender era que mis conciudadanos no pudieran concebir que en Santander existiera una Librería, doblada en Galería de Arte. Fue un tanto descorazonador saber que en el Círculo de Recreo, en el Club Marítimo o en la Real Sociedad de Tenis se hicieron apuestas de cenas sobre los meses que las puertas de Sur pudieran permanecer abiertas. Algo demoledor. No me resisto a contarlo: a punto ya de finalizar la instalación me fui a Madrid para hablar con Pancho Cossío. "¿Una Galería de Arte?... Chaval: ¡tú estás loco! ¡Jamás venderás un cuadro en Santander! Soy amigo de tu padre y sé lo que ha tenido que trabajar para sacar adelante a seis hijos. No quiero contribuir a su bancarrota"... Aquella misma tarde, desolado, me puse en contacto con el poeta Luis Felipe Vivanco. Vivanco ya había colaborado en "La Isla de los Ratones". Yo sabía que era muy amigo de Benjamín Palencia. Le expuse por teléfono el asunto. Y salí del estudio del pintor con los títulos de los cuadros que el 8 de julio de 1952 inauguraron la Galería de Arte Sur.

- ¿A qué se debe su paso de la poesía, como necesidad de expresión esencial, a ese otro mundo más argumental como es el de la novela?

- Tal vez a la posibilidad de una más inmediata eficacia. En mi primer libro, titulado *Llamada*, (1943-1945), me encontraba en un mundo de expresión clásica. Pero, ¿pero me encontraba en el mundo? ¿En el mundo de la vida real? Mi poesía tenía poco que ver con la realidad. No tardé en percibir que me hallaba en un tiempo histórico cargado de resentimientos, de amargas experiencias políticas y sociales. Tiempos viciados por la penuria moral. Lo que me llevó la necesidad de hacer una poesía que superase el individualismo estético y diera al ser humano prioridad como sujeto histórico. Una poesía comprometida, menos lírica, más autentica, y por supuesto más ética: más acorde con la realidad social. Poesía que mereció la etiqueta de "poesía social" y a la cual me adscribí sin reservas. Fue este vínculo con la poesía social lo que me hizo dar el primer paso hacia la narrativa. Este paso se inicia entre los años del 49 al 51.

- ¿Se puede afirmar sin reservas que la actividad más importante de su labor creadora debe buscarse en sus novelas?... ¿En su capacidad para la ficción literaria?

- No lo sé. La culpa de que haya escrito novelas la ha tenido Miguel Delibes. Y sucedió de un modo muy curioso. Miguel Delibes y su esposa Ángeles habían venido a Santander para alquilar en Suances una casa donde pasar el próximo verano. Aquella noche cené con los Delibes en la Bodega del Riojano. "Esta tarde hemos estado paseando por el centro de la ciudad – comentó Angelines – Todos los edificios son nuevos. El incendio del 41 debió de ser tremendo. ¿Lo viviste?". "Sí. Tenía 14 años. Fue algo muy difícil de olvidar" Y tuve que hablarles largamente del tema. "Esto que acabas de contar, querido Manolo, lo tienes que contar en una novela. Debes escribirla. Eres un narrador nato. Prométeme que cada mes me enviaras a Valladolid un capitulo". Y se lo prometí. Por supuesto nada le dije a Miguel. A nadie le dije nada. Pero me pasé cuatro meses escribiendo *Mercería Ruiloba, paquetería* (la novela del incendio), que fue enviada bajo seudónimo al Premio Nadal del 94. Cuando regresaron las copias se la leí a Teresa. La encontramos infumable y una tarde de domingo, con las copias bajo el brazo, nos dimos un paseo hasta el Faro de Cabo Mayor y las arrojamos al mar. Las olas se las fueron engullendo. El Nadal de 1994 lo obtuvo la novela *La muerte le sienta bien a Villalobos.* Mediocre.
Debo confesar que a pesar del fracaso en los dos primeros intentos por hacer novela, - había escrito otra titulada *Cuatro palmos de tierra*- era consciente de que, día a día, en mi cabeza seguía creciendo la semilla del sarampión novelístico. Cualquier tema me atraía como posibilidad narrativa. Y lo intente una vez más con el tema de *Testamento en la montaña*: un secuestro. La historia de un ser humano a quien privan de libertad.

- ¿Se han quedado muchas novelas en el camino?
- No. Mis años de narrador han coincidido en el tiempo con mi primera década como librero: *Testamento en la montaña* (Destino, 1955); *Pintado sobre el vacío* (Destino, 1958); *El precio de la derrota* (Destino, 1968); *Anzuelos para la lubina* (edición clandestina 1962); *Oficio de muchachos* (Seix y Barral, 1963) y *Anzuelos para la lubina* (Destino, 1966). La novela *Anzuelos para la lubina*, dedicada a Ricardo Gullón, su primer lector, fue prohibida por la censura en el 60.

- ¿También comparte la idea de que es el género ideal para contar historias, para enfrentarse a la vida?
-Yo diría que es el modo más eficaz de husmear en nuestra conciencia.

- El mundo del arte y la pintura en particular ocupan un lugar tan trascendental en su vida que desde afuera se asemeja a hablar de otra persona, de otro Arce. ¿La Galería Sur supuso más sustento que alimento espiritual?

- Mi sueño como galerista fue, desde el primer momento, hacer que por la Galería Sur pasara la mejor pintura que se hacía en España. Este era mi alimento espiritual: conseguir ver en sus paredes lo mejor que se estaba haciendo – o se había hecho – en el mundo del arte. Ver las obras de Dalí, Joan Miró, Oscar Domínguez, Tàpies, Millares, María Blanchard, Bores, Juan Gris, Picasso, Vázquez-Díaz, Cossío, Guinovart, Antonio Saura, Torres-García, Beaudin, Braque, Clavé, Juan Gris, Chagall, Leger, Magritte, Morandi, Viera da Silva, Kandinsky, Joaquín Peinado, Vasarely… O de escultores como Rodin, Gargallo, Manolo Hugué, Baltasar Lobo, Henry Moore, Julio González, Cristino Mallo, Palazuelo, Oteiza, Lipchitz, Pablo Serrano…

En fin: jamás he echado a Madrid en falta. Me sabía en Madrid de otra forma. Allí residían muchos de mis coleccionistas. Y mis amigos siempre han sido los mejores marchantes españoles. Cuando en 1994 la Galería Sur cerró sus puertas –después de 42 años haciendo exposiciones–, el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía en colaboración con la Fundación Marcelino Botín y el Ministerio de Cultura hicieron una exposición documental de la Galería, bajo el título: "SUR: un escenario para la memoria".

- Para muchos amantes del arte y pintores su Galería fue un santuario. ¿Ahora se atrevería con un proyecto similar?

- No. Acabo de cumplir los 84 años. Pero no sólo por eso: el vínculo, como usted dice, entre el galerista y el artista, hoy apenas existe. Las cosas han cambiado. Yo era para mis coleccionistas un confidente artístico. Un orientador. He formado muchas colecciones. Quienes hoy compran son las instituciones. Y las instituciones suelen ir directamente a los estudios de los artistas. Quienes eligen las obras suelen ser cargos públicos; y los asesores de los políticos, los medios de comunicación. Yo nunca he vendido un cuadro a un Museo. Parece increíble, pero es cierto.

- Uno de los mitos culturales más reaccionarios de la celebración franquista ha sido ese de "la Atenas del Norte" a la hora de referirse a Santander como símbolo cultural de la periferia. Tras esta etiqueta, ¿no han pagado justos por pecadores?

- No todos seremos un día Marcelino Menéndez Pelayo, Amós de Escalante o José María de Pereda. Pero no conozco a nadie de mi generación que por haberles leído haya pagado franquicia de pecador. Hoy lo de "la Atenas del Norte" nos puede sonar a broma decimonónica. Pero no todos los tiempos fueron peores. ¿No es más risible lo de "Cantabria infinita"? En todos los mitos cuecen habas.

- ¿A qué achaca el inmovilismo y la involución cultural de Santander? ¿No cree que la inmovilidad política y el conservadurismo institucional, cuando no el populismo, han mediatizado la proyección de una rica y profusa presencia de creadores?

- Mientras nuestros dirigentes no se olviden de brindar sus éxitos políticos y sociales con el agua de la Fuente Cacho, mucho me temo que el magnífico plantel de poetas, escritores y artistas plásticos que tenemos, consigan tener la proyección nacional que usted, que les conoces muy bien, sabe que se merecen.

- José Hierro pensaba que era bueno, en un determinado momento, hacer un paréntesis en las propias publicaciones. En el caso de Hierro este paréntesis se prolongo más de treinta años. ¿Por qué?

- No lo sé. Mi silencio ha sido mucho más prolongado. Pero no porque pensara, como Hierro, que fuera saludable dejar de publicar una temporada. La segunda edición de mis *Anzuelos para la lubina* se había publicado en Ediciones Destino en 1966. Y mi libro, *El latido de la memoria*, en el 2006. O sea: 40 años después. Pero no obedecía a uno de esos "paréntesis de descanso creativo" con los que Hierro se justificaba. Durante estos años hice muchas cosas: estuve en el mundo de la política; presidí el "Consejo Social de la Universidad de Cantabria" durante diez años; viajé por Marruecos; asistí en Moscú a dos ferias del Libro y me paseé por Europa – Francia, Alemania, Holanda – haciendo entrevistas. Sin olvidar que en la "Galería Sur" las exposiciones seguían su ritmo.

- ¿Estas entrevistas que usted publica en la Revista Destino, de Barcelona, le redescubren otra forma de vivir la cultura y de utilizar el arma de la escritura?

- Por supuesto: la entrevista como información intelectual es una magnífica plataforma de investigación y de conocimiento. Otras muchas se fueron publicando en "Papeles de Son Armadans", "Índice", "Primer Acto", "La Estafeta Literaria", "El Ciervo", "Claridades"... Esas entrevistas a las que se refiere, aparecidas en septiembre del 60 en la revista "Destino", fue una serie mantenida con escritores italianos. En ella aparecieron los poetas: Carlo Betocchi, Mario Luzi, Salvatore Quasimodo, Alfonso Gatto y Piero Bingongiari. Y también los novelistas: Alberto de Moravia, Vasco Pratolini, Elio Vittorini y Carlo Coccioli, a quien entrevisté en París.

Curiosamente las entrevistas publicadas en "Destino" provocaron, años después, un curioso hecho: una mañana, un empleado de Sur que había atendido una llamada telefónica, me dijo: *"Don Manuel, es para usted. Del Ministerio Sanidad. Será el de Cultura. La señora me ha dicho de Sanidad"*. Se trataba de una

amiga, Josefina Vidal, a quien había conocido en Hilversum. "¿Pero qué haces en el Ministerio de *Sanidad?". "Soy Jefe de Gabinete de Ernest Lluch. El ministro quiere darte una noticia." "Amigo Arce: tu nombre ha sonado hoy en el Consejo de Ministros a propuesta de Rubalcaba. Te hemos nombrado presidente del Consejo Social de la Universidad de Cantabria. ¡Enhorabuena!".* Y añadió: *"Durante mi último año de carrera en la Universidad de Barcelona, leía en* "Destino", *cada semana, tus entrevistas italianas".*

- Asegura que "sólo con melancolía" se pueden valorar los poemas que se han escrito en la juventud". ¿Es la misma actitud emocional que le ha llevado a marcar una cierta distancia con las experiencias vividas?
- Posiblemente: la melancolía es una forma de perdón ajena a la tristeza. Quien no sepa perdonar aquello que fue su juventud es que jamás supo entenderla.

- Dígame el sentido final de la escritura.
- Dar fe de vida.

- A lo mejor me equivoco, pero Teresa Santamatilde (su esposa) ¿ha sido la palabra, la ideología, la poesía y el trazo cotidiano de su vida cuando le ha faltado o le ha fallado la creatividad?
- No se equivoca: sin Teresa nunca hubiera hecho nada. Ha sido la única mujer de mi vida. Lo malo es que ella lo sabe. Pero no me importa. Ha merecido la pena.

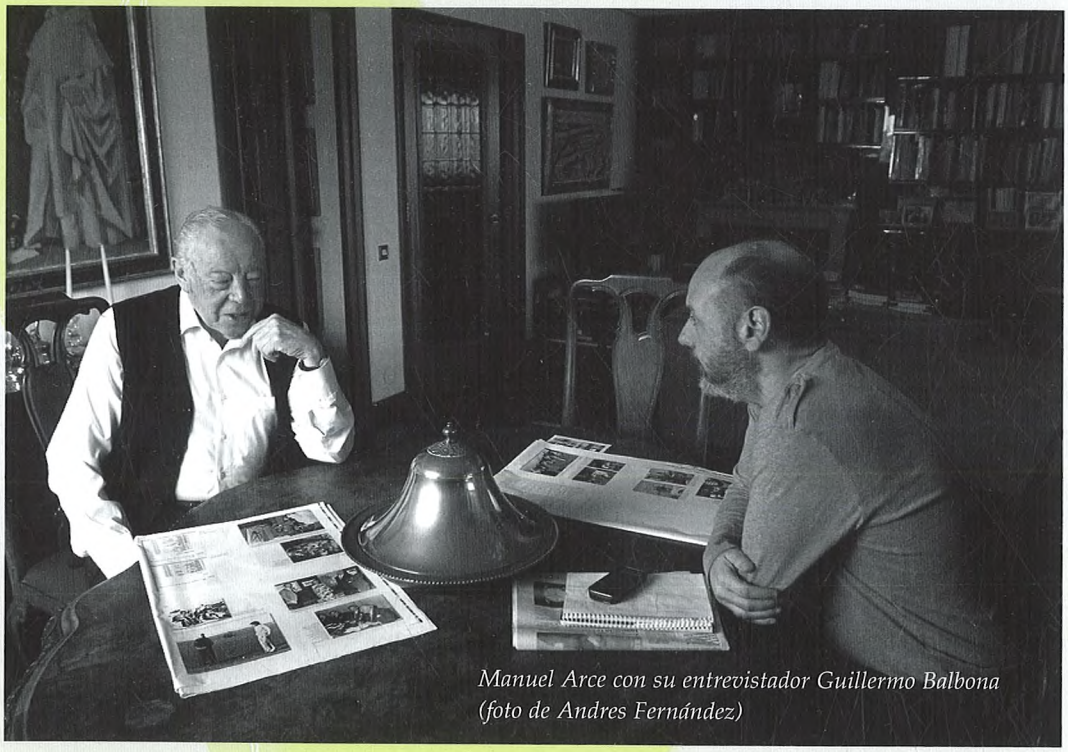
- En los últimos tiempos le han llegado premios y reconocimientos sociales desde el corazón de la cultura. Usted es irónico, auto-crítico y escéptico. ¿Le valen como balance, como examen de conciencia o como una encrucijada para la emoción?
- Más que valerme como balance, me han dejado confuso. Todas estas distinciones han sido para mí, como usted muy bien señala en la pregunta, una encrucijada para la emoción. Porque uno no llega a saber exactamente de qué llega a tener la culpa. Lo dije sinceramente al recibir la "Medalla de Plata de la Ciudad". Me parecía increíblemente paradójico obtener la concesión de una distinción semejante solo por pasarme los últimos 66 años de mi vida –desde los 17– cultivando las ideas estéticas que más me interesaban y trabajando en aquello que más me apetecía. Obtener tal distinción por algo semejante entraba en la categoría de lo que bien podemos considerar un impagable lujo intelectual. En estos casos, mejor no hacer examen de conciencia. Es preferible pensar que el porvenir ha vuelto a creer en la esperanza. Teresa se lo merece.

- *¿Qué late tras la memoria?*
- El miedo a la muerte.

- *¿Qué le dice a un joven creador inmerso en un cosmos cotidiano de crisis, mercados, cifras y con pocos resquicios para la esperanza?*
- Que sea cauto: que hay algunas cosas que no se pueden olvidar nunca: que no sólo los mercados están en crisis; que también la esperanza siempre es algo del mañana, y que lo malo del futuro es que ya nunca será como fue. Y que una forma delicada de matar tu tiempo es morirse sin que él se entere.

- *Si le dijera que ya solo tiene tiempo para una expresión final, ¿a que recurriría? A una pintura, a un aforismo, a una cita.*
- Recurriría al mayor don de la inteligencia: al silencio,

- *¿Piensa en la posteridad?*
- Nunca... Lo malo de la posteridad es que sólo es ella quien al final la vive. Y a estas alturas de mi vida, la posteridad, más que dejármela floja, me la deja muerta.



Manuel Arce con su entrevistador Guillermo Balbona (foto de Andres Fernández)